



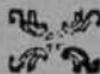
CARTAS
DE ABELARDO
Y HELOISA,
EN VERSO CASTELLANO
LAS DIÓ Á LUZ EN SALAMANCA



D. FRANCISCO DE TOXAR



QUARTA EDICION.



REIMPRESO EN MAHON:

En la oficina de Pedro Antonio Serra.

Año de 1814.



(J)

No ex CCPB.

160
Wing Rate
Rg.

DG
COM

T.1143383
C.

CARTAS
DE ABELARDO
Y HELOISA,
EN VERSO CASTELLANO
LAS DIÓ Á LUZ EN SALAMANCA
D. FRANCISCO DE TOXAR
QUARTA EDICION.



REIMPRESO EN MAHON:

En la oficina de Pedro Antonio Serra,

Año de 1814.

CARTAS

DE ARIANO

Y JULIO

EN VERBO CASTELLANO

LAS DIO A LAS EN SALAMANCA

D. FRANCISCO DE TORO

QUARTA EDICION.

1814

1814

IMPRESO EN MADRID:

En la oficina de Pedro Antonio Serra

Año de 1814.

Las célebres cartas de Abelardo y Heloïsa han interesado siempre á todo género de personas, tanto piadosas como profanas. Cada uno las ha mirado con ojos diferentes; pero el filósofo christiano no puede menos de ver en ellas la prueba mas sensible de las verdades, que la revelacion divina nos ha dado de la naturaleza del hombre interior. En vano se cansan los filósofos en averiguar y explicarnos la causa de la lucha de las pasiones y la razon, reconocida por todos, confesada por Ovidio, y mas claramente por San Pablo. Nadie en efecto la explica mejor que los Sagrados Escritores; por lo qual con razon se ha escrito, que aunque el pecado original parezca incomprehensible al hombre, todavia el hombre es mas incomprehensible á si mismo sin el pecado original: y es seguro que de ningun otro modo se comprehende mejor como pueda haber en el hombre entendimiento claro y voluntad perversa, razon desengañada y mal inclinada voluntad, como á cada paso lo vemos, que con la doctrina del Evangelio. La concupiscencia, ó sea el apetito depravado y rebelde, que

el primer pecado causó, origina pues esta continua oposicion, que cada uno siente dentro de sí, y por la qual cada uno puede decir con el Apostol; „No' hago el bien que juzgo bueno, sino el mal que aborrezco y condeno... Juzgo bien de la Ley de Dios segun el hombre interior; pero veo otra ley en mi mismo apetito, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo en seguimiento de la ley de pecado. Desventurado yo, ¿ y quien me podrá librar de la maldad mortal de este cuerpo....?“ La gracia divina, he aquí la que da la victoria á la razon: su menosprecio dexa triunfar á las pasiones que nos hacen la guerra, y que los Autores Ascéticos explican baxo el nombre de carne, siguiendo la letra de los sagrados libros.

Por no escuchar los divinos llamamientos, y menospreciar los consejos de la gracia, Abelardo y Heloïsa se engañan á sí mismos, y confiando en su razon, y aun en sus austeridades, se fatigan en vano, y su pasion les hace á veces delirar en sus Cartas, sin que puedan hablar en razon, sino en aquellos momentos en que un rayo de la gracia les alumbrá. La penitencia, la vida retirada, dexan dos enemigos vencidos; pero la carne queda, las pasiones nos acompañan siempre, y nuestra depravada naturaleza se dexa siempre vencer, si la divina gracia no es en nuestra ayuda. La oracion es, pues, el mas eficaz remedio, es

indispensable: ú orar, esto es, ó pedir á Dios los auxilios de su gracia, ó ser víctima de la concupiscencia y la ley del pecado. Abelardo y Heloïsa viven la vida monástica, ella es el camino mas seguro de la ley de Christo; pero sin su gracia el Monje, como el mundano, cae en los lazos de sus interiores enemigos. Las pasiones son siempre temibles, y el desgraciado que se dexa arrastrar de sus atractivos, viene á ser despojo de su furor. Abelardo y Eloïsa saben la moral evangélica, y Teólogos y Escriturarios estan ciegos con toda su instruccion quando escuchan su amor y sus deseos. Despues de tan terribles exemplos ¿qué diremos de la razon? Que la razon sola nada puede, sino escucha los divinos llamamientos. Hoy mas que nunca es menester poner en claro esta verdad, que destruye la moral de los filosofos impios; y el joven christiano sacará de la lectura de estas Cartas amorosas, que la pasion arraygada es casi invencible; que la que hace la desdicha de Abelardo y Heloïsa es una de las mas temibles en la juventud: que en qualquiera edad es necesaria la divina gracia para vencerlas todas: que la penitencia y el retiro son unos eficaces medios para conseguirlo; pero que si la oracion no nos alcanza la gracia celestial, nunca podremos triunfar de ninguna de ellas. ¿Mas donde voy? el motivo que me anima á dar á luz estas Cartas, me ha hecho exceder hablando de una materia superior

á mis luces, aunque conforme al deseo que he tenido de que el público las lea con el escarmiento y fruto que pueden producir. Hoy que se confía mas en las luces del entendimiento, que en la gracia de Jesu-Christo, no será inútil publicar unos exemplos que son una prueba bien sensible y real de los perjuicios de tan errada práctica y doctrina.

Con el mismo objeto se han puesto las notas que llamarán á su lectura, con las citas de sus correspondientes números.

Nada digo del mérito literario de estas Epistolas, que tienen seguramente una locucion y versificacion facil, y valentia y expresion particularmente en los versos de Heloïsa, porque como queda dicho, mi ánimo principal no es presentarlas al público baxo este punto de vista. Los aficionados á la poesia distinguirán su mérito como les parezca, sin necesidad de mis prevenciones; y se harán cargo de todo.

RESUMEN

DE LA VIDA

DE ABELARDO.

Pedro Abelardo nació en Francia el año de 1079 en la Provincia de la Bretaña, à quatro leguas de Nàntes: cultivó las letras desde su niñez, y fué á estudiar á la Capital con Guillermo Champeaux, sabio Teólogo, cuya reputacion y orgullo abatió bien presto. Tomó conocimiento con una jóven llamada *Heloïsa ó Luisa*, nombre derivado de *Heloy*, que significa *Divinidad*; y en verdad ella era un prodigio de talento y de belleza. Estas dos personas bien conocidas en su siglo por las luces de su espíritu, y por la sensibilidad de su alma, se vieron y amaron, y habiendose jurado un amor eterno, tomaron las medidas para entregarse sin peligro á su pasion.

Heloïsa vivia con Fulbert, Canónigo de Paris, su tio y tutor; quien aceptó sin dudar el partido que le hizo *Abelardo* de tomar un quarto en su casa, pagándole una pension, y de instruir á *Heloïsa*. Fulbert tuvo la condescendencia de permitir al Preceptor pasar con *Heloïsa* noche y dia, y aun de castigarla quando era indocil à sus lecciones.

Los amantes se aprovecharon de esta libertad, y vivieron felices en los brazos del amor. Mas este comercio secreto se hizo público, y Fulbert lo descubrió por unas canciones que le hacian cantar, de las que en fin adivinó el misterio, y echó á *Abelardo* de su casa.

Entretanto *Heloïsa* se halló en cinta, de lo que hizo sabedor á su amante, que dispuso robarla, y la envió á casa de una de sus hermanas á Bretaña, cuyo suceso llenó de dolor y colera al Canónigo: para apaciguarle prometió *Abelardo* casarse con *Heloïsa*; pero por un exceso de amor singular, queriendo esta ser mas bien la dama que la muger de *Abelardo*, se resistió por mucho tiempo á ello, hasta que á repetidas instancias de *Abelardo*, consintió en el matrimonio, que efectivamente se celebró en secreto muy de mañana, y en presencia de pocos testigos, en una Iglesia de Paris. Mas para tenerlo en silencio, entró *Heloïsa* por direccion de su amante en el Convento de Argentevil, donde andaba con hábito de Religiosa, y donde negaba en la ocasion, hasta con juramento, que *Abelardo* era su esposo.

Fulbert, creyendo por esto que aun se le engañaba, formó é hizo executar el afrentoso proyecto bien sabido, con el que el amante dexó de ser hombre: unos malvados introducidos de noche en casa del infeliz *Abelardo*, le reduxeron al estado de Origenes. Fulbert pagó el atentado con la con-

fiscacion de sus bienes, y los executores con la pena del talion.

No es posible expresar el dolor de *He-loïsa*, quando supo esta horrible nueva: *Abelardo*, curado de su herida, fué á ocultar su vergüenza en el Claustro de San Dionisio, y tomó el hábito de Religioso, obligando á *Heloïsa* á seguir su exemplo.

Algun tiempo despues de su separacion, una carta de *Abelardo*, dirigida à un amigo, que contenia la historia de sus desgracias, cayó en manos de *Heloïsa*: este escrito despertó toda su ternura, y ocasionó las famosas cartas que tenemos de ellos, y que pintan tan vivamente los combates de su violenta pasion.

Despues de muchos pesares, persecuciones y reveses, los amantes se reunieron en *Paracleto*, nombre que *Abelardo* habia dado á una especie de hermita que habia fundado en Champaña, la que vino á ser despues un Convento de Monjas, del que *Heloïsa* fué la primera Superiora.

Abelardo pasaba allí una parte del año, pero la calumnia los persiguió hasta en esta soledad, y los dos amantes se vieron obligados á decirse un á Dios eterno.

Abelardo murió en el Priorato de San Marcelo á 21 de Abril de 1142, de edad de 63 años: su cuerpo fué enviado á *Heloïsa*, quien le enterró en el *Paracleto*. *Heloïsa* murió de la misma edad el año de 1164, y fué enterrada, siguiendo su última voluntad, en el sepulcro de su aman-

te. Uno y otro han dexado monumentos fier-
nos é inmortales de su espíritu, de su eru-
dicion, de su gusto y de sus infortunios.

La Epístola siguiente es una imitacion
amplificada y poética de su historia.

HELOISA.

Á

ABELARDO

En este silencioso y triste alvergue,
de la inocencia venerable asilo,
donde reyna la paz sincera y justa
en sosegado y placido retiro,
y la virtud austera y penitente
sugeta á la razon el alvedrio,
¡qué tempestad! ¡qué horror inesperado
vuelve à turbar el corazon tranquilo
de esta debil muger! ¡que nueva llama
se aviva en lo interior del pecho tibio!
¡quien renueva mi ardor mal apagado!

Amor! cruel amor! tu fuego antiguo
empieza á renacer en mis entrañas
despues de tantos años; qué delirio!
¡infeliz *Eloïsa*! ya pensabas
haber de amor el fuego sacudido,
¿y aun amas, y conservas encubierto
de engañosa ceniza un fuego vivo?
¡Oh *Abelardo*! oh placer; oh dulce nombre!
Estos rasgos de mi tan conocidos,
esta carta, estos tristes caracteres
por tan preciosa mano dirigidos,
cien veces y otras tantas
à mi amorosa boca los aplico;
sí, *Abelardo*, cien veces y otras tantas:
oh *Abelardo*! mi bien! pero qué digo!
¿y en esta soledad tan tierno nombre
me atrevo á pronunciar y aun escribirlo?
Perdona Dios benigno; á tus altares,
inmenso Dios, me postro y sacrifico.
Tu ley, tu ley terrible me prohíbe
escribir al esposo mas querido;
¿y *Eloïsa* obedece tu mandato?
pero, que en vano á resistir me animo:
si el corazón me dicta las palabras,
¿como podrá la pluma resistirlo?
Oh triste soledad; oh horror! oh claustros!
prisiones infelices del destino,
mármoles insensibles, piedras duras,
pues no os puede ablandar el dolor mio,
yertas cenizas, cuyas sombras frías
aplacamos con flores y con incienso,
¡quien fuera qual vosotras insensible!
En vano desde el trono del Empireo
me llama todo un Dios, mi pecho cede

de la naturaleza al yugo indigno;
 en vano invooco al cielo en mi socorro,
 la oracion, las plegarias, los cilicios,
 mi llanto y confusion no son bastantes
 para aplacar la llama que respiro.
 Apenas vieron mis turbados ojos
 la carta que escribistes à tu amigo,
 en aquel mismo instante, oh *Abelardo*,
 se renovó el dolor de mi martirio:
 acá à mis solas te contemplo y veo,
 y á veces me parece que te miro,
 con placentero y alagüeño rostro,
 la cien ceñida de amoroso mirto;
 gustoso y satisfecho, entre mis brazos
 rendir al Dios de amor tus sacrificios;
 otras te miro solitario y triste,
 cubierto de cadenas y cilicios,
 pálido el color y el rostro hermoso,
 con ayunos y lágrimas marchito,
 en la quietud del ignorado claustro
 buscando en los altares el arrimo;
 allí la santa religion opuesta
 á nuestro amor, intenta desunirlo,
 y sortando cruel con violencia
 lazos con tanto amor y tiempo unidos,
 quiere hacer de *Abelardo* y *Eloïsa*
 dos seres olvidados de si mismos.
 ¿Y podremos, podremos sin desdoro
 menospreciar lo mismo que quisimos,
 abandonar la fe, el amor, la gloria
 y el bien con tantas penas adquirido?
 No *Abelardo*, no puede tu *Heloïsa*
 vivir indiferente á su destino.
 Escíbeme, formemos otros lazos:

yo lloraré tus males, tú los míos:
 el eco acostumbrado tantas veces
 á oír lamentos de amadores finos,
 repetirá tus quejas y las mías.

¿Podrán quitarnos nuestros enemigos
 hasta el consuelo, acaso, de querernos?

¿Nos privarán aun de este triste alivio?
 Mis lágrimas son mías libremente;
 regar con ellas puedo el suelo frío.

¡Mas ah! que tú, *Abelardo*, tú me dices
 que el llanto en que me anego y aniquilo,
 tan solamente se le debe al cielo,
 al cielo que tenemos ofendido.

¡Pero que en vano intentas persuadirme!
 Todo al perderte lo perdí contigo.

Al contemplar que para mi no vives,
 que no te he de ver mas, que te he perdido,
 à tí solo mis lágrimas se deben;
 por tí yo peno y lloro de continuo.

Hazme saber tus males ó tus bienes,
 escribeme, *Abelardo*, yo lo pido.

El arte de escribir, dón de los cielos,
 el arte encantador y seductivo

de oír, de hablar, y de tratar sin verse,
 un comercio tan dulce y tan activo,
 sin duda fué invencion de dos amantes.

El puede hacer pasar un fiel suspiro
 del frío Boreas al opuesto Antartos.

¡Qué bien que expresa un sentimiento fino
 en la agitada pluma de un amante
 la sincera eloquencia del cariño!

Allí sin el rubor que turba el alma,
 ostenta amor su plácido dominio,
 y vierte sin rodeos ni apariencias

su ardiente llama el corazon sencillo.
 Nuestra union fué legítima y sincera,
 los hombres la acusaron de delito,
 ;y el cielo, el mismo cielo se resiste!
 Quando se unió tu corazon al mio,
 quando tú me ofreciste con el nombre
 sagrado de amistad el amor mismo,
 me pareció que tus hermosos ojos
 daban un resplandor puro y activo.
 Turbada con tu vista, anonadada
 en el gustoso error de mis sentidos,
 yo misma me buscaba los engaños,
 y preparaba á mi prision los grillos.
 Te tuve por mi Dios, yo lo confieso,
 no tuve mas querer, mas alvedrio
 que el mover de tus labios amoroso.
 Tú me pintabas el amor benigno,
 afable, bienhechor, tierno y humano,
 Con esto de tus labios á los míos
 la dulce persuasion se introducía
 y el hechicero ardor de tu atractivo.
Heloïsa te amó: siguió en tu busca
 los pasos del placer no permitidos,
 sin tener de su Dios en aquel tiempo
 sino la sombra de un recuerdo frio.
 Todo te lo cedí; mi honor, mi gloria
 te rendí muy gustosa en sacrificio;
 mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo,
 tú fuiste mi querer, tú mi destino,
 mi anhelo, mi placer, mi Dios, mi todo,
 todo, *Abelardo*, lo encontré contigo.
 Quando tu mano asida con la mia
 quisiste unir nuestros afectos finos
 con el terrible lazo de hymeneo,

mi amor, mi mismo amor lo contradixo.
 ¿Qué intentas, te decia, loco amante? 2.
Abelardo, el amor no es un delito;
 ¿porqué pretendes, pues, esclavizarlo
 a las tiranas leyes del capricho?
 El nació puro, libre, independiente,
 ¿porqué tiranizarlo y oprimirlo?
 Unanse con el lazo de hymeneo
 corazones mas baxos ó mas tibios,
 mas no los de *Abelardo* y *Heloïsa*.
 Yo encuentro en el amor, mi bien, mi alivio.
 Al verdadero amor nada le falta,
 ni tiene falsedades, ni desvíos.
 Amemos mutuamente, penetremos
 el arte de estrecharnos y de unirnos.
 Sepamos agradarnos, y esto basta,
 que amor ha de buscarse en amor mismo.
 Imagina, *Abelardo*, que un Monarca
 prendado en vano de mis atractivos,
 pone à mis pies el cetro y la corona,
 y que ostentando con amor reñido
 su poder, su opulencia, y su reynado,
 se le ofrece á mi amor en sacrificio:
 Verás á tu *Heloïsa* despreciando
 de tanto bien el aparente brillo,
 posponer al amor de su *Abelardo*,
 la grandeza, el honor y el reyno mismo.
 Tú, *Abelardo*, lo sabes, de mi pecho
 solo tienes el trono y el dominio;
 solo tu corazon es mi riqueza,
 la grandeza y los bienes á que aspire.
 Los títulos que inventa la fortuna
 con seio risa y menosprecio miro,
 jactándome de ser tu *enamorada*.

Si hay un nombre mas tierno, si mas digno,
 que exprese mi pasion con mayor fuerza,
 ese será, *Abelardo*, el nombre mio.
 ¡Qué dulce es el amor! ¡Qué lisongero
 el ver corresponder un fiel cariño!
 ¿Quién mas feliz que dos finos amantes
 que en una mútua llama consumidos,
 un mismo pensamiento los anima?
 En ardientes deseos confundidos,
 sola una voluntad sus pasos guia
 por los senderos del amor benigno;
 la risa y el placer los acompañan,
 siempre gozan, y siempre el apetito
 nuevo placer les muestra y nueva gloria;
 jamas su corazon se ve vacío
 de la dulce ilusion de lo que adoran:
 Ella preside á su placer continuo,
 y con seguridades mil ofrece
 dá males y disgustos el olvido.
 Dichoso aquel que ama, y mas dichoso
 aquel que vé su amor correspondido:
 Dichoso a quien amor nunca abandona;
 que á solo amor es dado y concedido
 el bien de hacer felices á los hombres.
 Sacrifiquemos al Amor propicio,
 si buscamos el bien, que el amor solo
 de la felicidad es el camino.
 Así pensaba yo, quando enojada
 y envidiosa del bien en que nos vimos,
 una mano cruel y temeraria
 profanó.... Pero basta. ¡Qué delito!
 De un golpe nos quitaron los placeres.
 Indique mi rubor lo que no digo.
 Dichoso si el destino que nos rige,

dexára alguna vez de perseguirnos;
 pero aun otras desgracias nos aguardan,
 de un abismo corremos á otro abismo.
 Acuérdate, *Abelardo*, de aquel dia,
 que ante las sacras Aras ofrecidos,
 renunciando del mundo y de su pompa,
 víctimas del Amor entrambos fuimos.
 Tú mismo con dudosa y debil mano
 fuiste del acto el fúnebre Ministro:
 tú me pusiste el velo consagrado:
 mis tristes ojos de penar rendidos,
 bañaron con sus lágrimas en (vano)
 el habito sagrado y los cilicios;
 y el corazon de amor no satisfecho,
 en otro nuevo amor quedó cautivo.
 El cielo mismo oyó, no sin espanto,
 los votos que uno á otro dirigimos:
 las bóvedas del Templo resonaron:
 el Sol obscureció su hermoso brillo:
 y la luz que alumbraba á los Altares
 lució con un color triste y sombrío.
 Vén, pues, lumbrera de mis tristes ojos;
 vén, *Abelardo*, vén; el hado impio
 no me prive tambien de tu presencia;
 que este es el bien postrero que te pido.
 Vén, y renovaremos los placeres
 de solos los amantes conocidos.
 De nuestro amor cautivas nuestras almas
 volverán á sus dulces extravíos.
 Yo me abraso: de amor el vivo fuego
 otra vez predomina en mis sentidos.
 Déxame recostar en tu regazo;
 juntar tus dulces labios á los míos;
 y unidos con estrecho y tierno lazo,

respirar un amor y un fuego mismo.
 ¡Qué momentos! ¡Te acuerdas, *Abelardo*?
 ¡Qué encantos! ¡Qué placeres! ¡Qué deliquios!
 ¡Ó *Abelardo*! ¡O placer! ¡O qué tormento!
 ¡Placer para *Heloïsa* ya perdido!
 ¡Tiempo pasado ya, recuerdos tristes,
 que aumentan el dolor de mi martyrio!
 ¿Pero qué dices, desgraciada Monja? 4.
 No, *Abelardo*, no escuches mis delirios,
 otros placeres hay, otros contentos,
 muéstrame tú la senda y el camino.
 Vén, si, pero no vengas à quererme:
 vén á enseñarme como buen amigo
 á postrarme á los pies de los Altares,
 à dirigir mis llantos y gemidos,
 baxo la suave ley de tu obediencia,
 al cielo de mis culpas ofendido.
 Vén y piensa á lo menos que las Monjas
 que habitan este lóbrego recinto,
 un Director piadoso necesitan,
 que arregle sus diarios ejercicios.
 Ellas recogerán desde tus labios
 la voz sagrada de su Esposo amigo,
 y baxando con docil obediencia
 à tu suave voz el cuello erguido,
 se harán mas llevaderos con tu exemplo,
 la soledad y horror en que vivimos.
 Tú fundaste estos muros, tu volviste
 la soledad de inhabitables riscos
 en prados deliciosos; tu dictaste
 la ley sagrada y dulce en que vivimos.
 Las Virgenes humildes que la siguen,
 sus deseos al cielo sometidos,
 un Director piadoso necesitan,

que arregle sus diarios ejercicios.
Muevante, pues, sus lágrimas siquiera,
que yo en nombre de todas te lo pido.
Mas ah! qué caridad tan engañosa!
qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!
Yo soy sola, *Abelardo*, quien te llama:
Vén, pues de los amantes el mas fino,
de todos los Esposos el mas tierno,
mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo:
Tu apasionada *Heloïsa* no, no puede
ni aun seguir la virtud sino contigo.
Los árboles frondosos que rodean
los muros de este fúnebre edificio,
cuyas cimas se pierden en los cielos,
el lúgubre cipres, el pino erguido,
el dulce murmurar entre las flores
del arroyuelo manso y cristalino,
la diligente abeja que recoge
el nectar en las flores embebido,
el susurrar del céfiro apacible,
quando templá el ardor del seco estío,
la grata variedad, la hermosa vista
de estos bosques amenos y floridos,
nada templá mi ardor, ni mi tormento,
porque el funesto y triste dolor mio
corrompe con su lóbrega influencia
la grata amenidad de aqueste sitio.
Agostase la fresca y verde yerba
al soplo abrasador de mis suspiros;
y la pálida flor se troncha y cae
agoviando su vastago marchito.
El céfiro no es blando ni apacible,
y en vez de dulces y acordados trinos,
cánticos solo de tristeza y llanto

entenan los pintados pajarillos.
 Tal es este lugar donde cautiva
 triste y ausente de mi amante vivo.
 Solo soy inocente y virtuosa,
 quando la ausencia de mi amante olvido;
 y al contemplar de mi virtud la causa,
 cien veces me arrepiento y la maldigo.
 ¿Yo sujetar mi amor? ¿Yo poner freno
 á la encendida llama que respiro?
 ¿Y podrá hacer esfuerzo tan terrible
 un corazon tan debil como el mio?
 ¡Ah! que antes que el pacífico repose
 vuelva en mi corazon á hallar asilo,
 ¡qué número de angustias que me esperan,
 esperanzas, temores y desvíos!
 Yo podré amar, sentir, arrepentirme,
 querer, y no querer à un tiempo mismo;
 ¿Y qué no podrè hacer? Lo podré todo,
 ménos aborrecer lo que he querido.
 ¡O funesto accidente! ¡O duro yugo
 que turbas la quietud de mi retiro!
 ¡Quién eres *Heloïsa*! ¿No cococes
 el deber, que te impone tu destino?
 ¿Entre un Dios, y un amante colocada
 ha de ser el amante preferido?
 Oye, pues, oh gran Dios, mis oraciones,
 libreme tu poder de un enemigo
 á quien mi pecho resistir no puede; y
 y quando invoco tu poder invicto,
 mas que el exceso de mi ardiente pecho
 temo el efecto, oh Dios! de tus auxilios.
 Oh amables y sencillas compañeras
 que la santa virtud unió conmigo,
 inocentes y cándidas palomas,

que en el claustro esparcis vuestros gemidos,
 en vuestro pecho solo, en vuestro pecho
 la robusta virtud triunfa del vicio,
 y vuestra vida austera y penitente
 destierra el fuego del amor lascivo;
 solo le dais à Dios el amor casto
 de vuestro corazon puro y tranquilo.
 Oh como sois felices! 6. insensibles
 al fuego impuro del amor indigno;
 serenos dias, y tranquilas noches
 pasais en sosegados ejercicios,
 y no perturba vuestra quieta calma
 de la pasion el impetuoso grito.
 ; Oh sosegada y apacible vida!
 con quantas veras y dolor te envidio!
 Al despertar de la rosada aurora
 mi corazon se abrasa en fuego vivo;
 traspone el claro Sol los altos montes,
 y no calma el rigor de mi martirio;
 y el tranquilo silencio de la noche
 aviva mas y mas su ardor maligno.
 Quando me ocupa el sosegado sueño,
 me duermo en el regazo de cupido;
 él con hermosas y ligeras alas
 acaricia mi pecho adormecido,
 él me recuerda las pasadas noches,
 memoria de mis gustos ya perdidos:
 Presentaseme en sueños *Abelardo*,
 Oigo su voz, le veo, y me imagino
 volver á recibir el placer tierno
 que el lisongero amor lleva consigo;
 el pecho en nuevas llamas abrasado
 renueva mil ternezas y cariños,
 le abrazo, y en mis venas agitadas

La agradable ilusion hace su oficio.

Mas ah! que quando mas me lisongea
este gusto engañoso, este delirio,
despierto, y corre la razon el velo
á mi placer soñado y fugitivo.

Dichoso tu, *Abelardo* en el estado,
á que la sinrazon te ha reducido;
tu sangre, semejante al agua clara
que lleva un manso y sosegado rio,
sin fuego ni calor corre en tus venas,
y con el nuevo yelo endurecido,
no tiene ya como antes en tu pecho
Amor su region, trono ni dominio.

Ven pues, caro *Abelardo*, ¿por que temes,
si ya en tí el dios de amor no encuentra abrigo?

¿Podrá *Heloïsa* parecerte hermosa?
¿podrá hacer revivir tu amor antiguo?

Mi corazon sensible ya conoce,
que no puede en el tuyo hallar asilo:
y como la funesta y triste antorcha,
que alumbrá en vano los sepulcros frios
sin calentar las pálidas cenizas;
asi la llama ardiente, que respiro,
se alimenta en mi solo y triste pecho
de amor, que no ha de ser correspondido.

Heloïsa te adora, y tu no puedes
compensar con el tuyo su cariño,

¿y piensas que por eso he de olvidarte?
no *Abelardo*, no puedo, los cilicios,
las duras leyes, que detesto en vano,
la dura austeridad y su retiro
no te pueden borrar de mi memoria.

Entregome á las penas y gemidos
sobre la elada losa de un sepulcro,

ó bien de los altares el arrimo,
 llorando imploro á Dios y su clemencia;
 la augusta magestad, el triste sitio,
 la presencia de un Dios, las sombras frías
 de cadáveres yertos y podridos:
 no pueden distraer mi fantasía;
 solo tu imagen veo, solo miro
 la ilusion agradable de *Abelardo*.
 Quando se entonan los sagrados himnos
 ante el augusto altar del Dios Supremo,
 solo tu voz resuena en mis oídos:
 tomo en mi mano el trémulo incensario,
 que eleva el humo denso ácia al Empireo,
 y entre la espesa nube que se forma,
 que estás allí, *Abelardo*, me imagino;
 viendo en vano los brazos, no te encuentro,
 y mi deseo, y turbacion maldigo.
 El Templo y sus sagradas ceremonias,
 la pompa de los dias mas festivos,
 nada puede fijar mis atenciones;
 postranse los espíritus divinos
 ante el altar de Dios, quando se ofrece
 su augusto y adorable sacrificio
 en medio de los cánticos sagrados,
 quando se escuchan solo los suspiros
 de alguna alma contrita y humillada,
 y del Santo Temor sobrecogida,
 el Sacerdote ofrece el olocausto;
 y mi corazon cobarde y fementido
 solo á *Abelardo* invoca, nada puede
 apagar este ardor, ni resistirlo.
 Pero ¡donde me arrastra mi locura!
 Desgraciada de mi ¡qué es lo que digo!
 Huye de aquí cruel, huye *Abelardo*,

que ya se acerca el plazo prevenido,
 el aliento me falta::: el tierno pecho
 conoce ya::: su proximo esterminio:::
 déxame estos instantes á lo menos,
 aléxate á país desconocido:
 habitemos los límites opuestos
 en que el gran mundo se halla dividido;
 divida nuestro amor el mar inmenso,
 si basta el mar inmenso á dividirlo.
 Quando mi alma á Dios ya convertida,
 se arranque con el último suspiro,
 temo encontrar tus pasos señalados,
 que turbando mi paz y mis designios,
 me recuerden las cosas ya pasadas,
 y renueven mi ardor mal extinguido:
 No vengas, pues no vengas *Abelardo*;
 haz cuenta ya, que para tí no existo;
 yo te vuelvo gustosa tus promesas,
 sepulta tu las mias en olvido.
 A dios, placeres míos, á dios glorias
 tan gratas otro tiempo, tan queridos
 á Dios errores, que en mi tierno pecho
 pintó tan dulces el amor lascivo:
 Acaben ya el placer, y las delicias;
 apague de amor el fuego activo,
 y su funesta y encendida llama
 no se alimente ya en mi pecho frio;
 mi corazon á Dios se vuelva al cabo,
 pues de todo, al dexarte, me despido:::
 Pero ¡qué triste voz que me intimida
 y turba el corazon despavorido!
 será::: si, ya es la hora de mi muerte,
 ya se me acerca el término prescrito.
 Una noche velaba aredillada

sobre la losa de un sepulcro frio,
 la moribunda luz ardia á pausas
 con un esplendor pálido y sombrío,
 y apenas, consumida ya la mecha,
 dió al apagarse el último estallido,
 quando de una vecina sepultura
 llegó esta triste voz á mis oidos:

„ Detente, cara hermana, no te turbes;
 „ yo fuí lo que eres tú hoy, nuestro destino
 „ que unió nuestros deseos en la vida,
 „ tambien despues de muertas quiere unirnos;
 „ yo viví como tu, mi debil pecho,
 „ de una pasion violenta poseido,
 „ se abrasó con inciertas esperanzas
 „ que echó por tierra mi cruel destino
 „ en la profundidad de estos sepulcros,
 „ en silencio jamas interrumpido
 „ se anonada el amor, la dura suerte
 „ sumerge en largo y duradero olvido
 „ sus gustos y placeres engañosos;
 „ el siempre vencedor nunca vencido,
 „ el orgulloso Amor cede á la muerte;
 „ à su guadaña pálida rendido.

„ Muere pues: mas no temas á la muerte,
 „ no temas al que llaman vengativo,
 „ que es un Dios de piedad á quien mueven
 „ las lágrimas de un pecho arrepentido.

Oh Dios! si esto es asi, si sois tan bueno,
 si mis pasadas culpas y delitos
 se borran con el llanto de mi muerte,
 venga luego el momento apetecido. 7.

Oh gracia luminosa! don del Cielo!
 virtud que nos prometes bienes fixos,
 no sugetos á tiempo ni mudanza,

acaba de una vez, cortese el hilo
 á mis cansados días, y mi alma
 trasladada á las moradas del Empíreo.
 Yo me muero, *Abelardo*, ven, no tardes,
 vén á cerrar mis ojos oprimidos
 con el pesado sueño de la muerte;
 vén y recoge el último suspiro
 con el postrer aliento de mi vida;
 Y tu quando el destino mas tardío
 ponga fin á la tuya, quando el tiempo
 marchite los preciosos atractivos,
 que tanta pena y lágrimas me cuestan,
 haz que se junte en un sepulcro mismo
 tu ya elada ceniza con la mia,
 el mismo amor sobre su marmol frío
 gravará por su mano el epitafio
 que, por si algun curioso peregrino
 se llega mas de cerca á contemplanlo,
 dirá: „Aquí yacen dos amantes finos;
 „Amor causó su mal y su desgracia;
 „Guardate caminante de seguirlos.

ABELARDO

A

HELOISA.

Quien pudiera pensar que en tantos años
 de penitente y retirada vida,
 tanta oracion, ayunos, penitencias,
 despues de tantas lagrimas vertidas,
 quando ya el cano yelo de los años
 va arrugando la tez de mis mexillas,
 el fuego del amor no se estinguiera?
 Yo tambien algun tiempo lo creia;
 mas, como me engañaba! de esta calma,
 de esta serenidad pura y tranquila,
 que solo cabe en un corazon casto,
 ¡quan distantes estamos, *Heloisa!*
 Juzgalo por ti misma: esta carta,
 con tal ardor y tal pasion escrita,
 una espresion tan tierna y eloqüente:
 Amor llevó la pluma al escribirla;
 solo Amor es capaz de tanto fuego,
 Amor dictó las espresiones vivas,
 bastantes á avivar la llama oculta
 que en mi ya tibio pecho se escondia.
 No hay remedio, esta llama abrazadora,
 quando en un debil corazon se abriga,
 si numen superior no la combate;
 si de nuestras desgracias condolida

la potencia de un Dios no la destruye,
 en vano intenta el hombre resistirla.
 Yo lo se por mi mal; no habrá recurso
 de quantos la razon persuade y dicta,
 que contra amor no llame en mi socorro:
 cilicios, oraciones, disciplinas,
 nada basta, su fuego irresistible
 es de naturaleza tan maligna,
 que quantos mas obstáculos le pongo,
 mas con la oposicion crece y se aviva.
 ¡Oh si pudiera yo significarte
 con que dolor me oprime y martiriza
 la memoria fatal de aquellos tiempos,
 de aquellas horas por mi mal perdidas,
 en que un amor contento y satisfecho
 á la felicidad nos conducia!
 ¡Engañoso camino, senda errada,
 amena en los principios y florida;
 despues, quando ya el fin se va acercando
 sembrada de malezas y de espinas.
 Las flores que hermocean la ribera
 mil gradaciones de color varian.
 Allí una fresca y encarnada rosa
 sus olores suavísimos respira:
 mas allá un tornasol enemorado
 á los rayos del Sol su faz inclina;
 una vana azucena en otra parte
 ostenta su bizarra lozanía.
 Nada de esto es hermoso y agradable,
 exclama mi pasion enfurecida.
 Mas bella es *Heloisa*, mas hermosa,
 mas puro el color de sus mejillas,
 que la derecha y cándida azucena.
 El mismo Sol que las influye y cria,

si con sus bellos ojos se compara,
 menos hermosos y mas oscuro brilla.
 Una calle formada de arrayanes
 me lleva á una distante casería,
 término regular de mi paseo,
 la simple risa y el placer la habitan;
 Una agraciada y tímida Aldeana
 gobierna cuidadosa la familia,
 los pequeñuelos hijos la rodean,
 uno con inocente y dulce risa
 pide à su madre pan, otro la alhaga,
 otro sube á la trémula rodilla
 del cariñoso padre, ella gozosa,
 y en inocentes gustos sumergida,
 reparte á todos con igual cariño
 sus maternales besos y caricias.
 ¡Oh, qué escena tan triste y tan funesta!
 ¡Qué terribles imágenes se excitan
 en un alma de amor toda ocupada!
 ¡O amado objeto de dolor y envidia!
 ¡Quién fuera qual vosotros! ¡Quién pudiera
 estrechado en los brazos de *Heloïsa*,
 con el perpetuo é indisoluble lazo,
 multiplicar el ser que nos anima!
 ¡Qué bien habrá que pueda compararse
 con la posesion dulce y tranquila
 de un objeto tan tierno y tan querido!
 Quanto producen las remotas Indias,
 por solo un momento de este estado
 ¡quan despreciable y baxo me sería!
 ¡Con quanto gusto fuera ganadero!
 Con el calor por la floresta umbría,
 cantando llevaría los ganados;
 quando por la tarde el Sol declina,

de la dura labranza fatigado,
 los perezosos bueyes guiaría.
 En el umbral de nuestra triste choza,
 ya con la cena preparada y limpia,
 culpándome de tardo y negligente,
 solícita *Heloisa* esperaría.
 El sencillo querer, la paz hermosa,
 las voluntades tiernamente unidas,
 el mutuo suspirar, el amor fino,
 dieran gusto y sazón á las comidas;
 y quando la callada y triste noche
 cubre de obscuro luto las campiñas,
 en el seno inocente de mi esposa
 la risa y el placer me cercarian.
 Pero, ¡oh vanas ideas! oh ilusiones
 Oh esperanzas que no he de ver cumplidas
 Idos lejos de mí... ya se acabaron
 el placer, los contentos, las delicias,
 los gustos que otro tiempo me sobraban:
 Ya nada soy... con la venganza indigna
 que tomaron de mí mis enemigos,
 solo me aguarda el llanto y la ignominia.
 Con esto me levanto despechado,
 sin aguardar la simple despedida
 de la cortés y tímida Aldana,
 que de mi turbacion sobrecogida,
 lo que es humillacion y abatimiento,
 atribuye à virtud con fe sencilla.
 Otras veces absorto en mis ideas,
 sin senda que me guie y me dirija,
 me subo á lo mas alto de una peña;
 de allí descubre la ambiciosa vista
 una llanura inmensa en que á lo lejos
 se ve un camino que à mi patria guía.

La memoria confusa y agitada
me acuerda mil imágenes antiguas,
dormidas algún tiempo: un montecillo
me oculta en lo erguido de su cima
la morada feliz donde crecieron
los inocentes años de *Heloïsa*.

Aquel es el parage, aquel el sitio,
aquel el blando lecho en que yacía,
quando la vez primera á mis tauras
rindió humillada su esquivéz altiva.

Allí en vez de las últimas lecciones
de una sabia y veraz filosofía
con que instruí su corazón honesto,
las tiernas y amorosas elegías,
que amor dictaba al eloqüente Ovidio,
su engañoso Maestro la exponía.

¿ Con qué imaginacion? ¿ con quanto fuego
al leer los suspiros de Corina
sus ardientes conceptos expresaba?

El amor y las gracias atractivas
en su risueña boca se sentaban,
y mientras tanto oculta y sin sentirla
la llama del amor mas abrasado
en su inocente corazón ardía.

¡ Oh quantas veces el rubor sencillo,
que asomó en sus mejillas encendidas;
daba en su rostro indicios manifiestos
del afecto interior que producía!

¡ Quantas veces atónita y turbada
con suspiros, la voz interrumpida,
trémula y agitada, no acertaba
ni aun á explicar la idea concebida!

Yo te enseñé el querer, yo fui el maestro
de la engañosa y pérfida doctrina
que corrompió tu cándida inocencia.

Yo en vez de la pureza y alegría
 que en tu sincero pecho se albergaba,
 sembré el error, la pena, y la perfidia.
 Yo te conduxe al claustro solitario,
 donde una voluntad no persuadida,
 hizo à Dios el tremendo sacrificio
 del resto miserable de sus dias.

Un habito funesto, un triste velo
 cubre el verdor, la gala y bizarría
 del cuerpo mas hermoso y agraciado.
 Los bellos ojos, cuya luz solía
 causar envidia à tantas hermosuras,
 hoy en la tierra con dolor se fixan.

¿Qué hará mi dulce bien en este instante?
 Absorta en su dolor y confundida,

¿se habrá olvidado ya de su *Abelardo*?

No; no es posible: su voluntad fina
 no es capaz de olvidar, mientras el alma
 unida al cuerpo permanezca y viva.

Y aun mas allá, quando la dura muerte
 nuestro funesto ardor corte y divida,
 en lo interior de los sepulcros frios
 arderán nuestras pálidas cenizas.

No hay hora, ni momento en que esta idea
 no me atormente, y sin cesar me afija,
 ni objeto en que el amor no se me ofrezca.

Voy al coro, y allí la fantasía
 me representa el coro en que humillada,
 y en tu dolor absorta y confundida,
 con lágrimas amargas y abundantes
 lloras à Dios tus culpas y las mias.

Salgo à recreacion y me paseo
 por la funesta y verde praderia,
 y allí amor disfrazado en bellas formas,

qual sierpe entre las flores escondida,
 en cada nuevo paso que voy dando
 nuevo placer y nuevo ardor me inspira.
 La verde yerba que corona el prado,
 las flores que le adornan y matizan,
 el arrayan á Vennis consagrado,
 La vid silvestre al olmo entretegida,
 el acordado son que van formando
 las hojas con el viento sacudidas,
 el trinar de las aves, el murmullo
 de la risueña y clara fuentecilla,
 todo inspira un placer voluptuoso,
 todo al placer parece que convida,
 corre un arroyo sosegado y manso,
 que lleva su corriente dirigida
 al solitario alverge donde tiene
 su triste habitacion mi dulce amiga.
 Tú eres feliz, exclamo al contemplarlo,
 tú bañas el convento donde habita
 la causadora de mis tristes males:
 tú riegas las trepadas clavellinas
 que ella cultiva con su mano hermosa:
 tal vez en tu corriente cristalina,
 al declinar de la abrazada tarde,
 buscará la frescura apetecida.
 Tú sabrás sus secretos mas ocultos,
 Tal vez sentada en la frondosa orilla,
 sus ojos fixos en la seca arena,
 en actitud confusa y pensativa,
 destilarán copioso y triste llanto;
 y tal vez sin pensarlo, confundidas
 se mezclarán en tu corriente clara
 sus lágrimas amargas con las mias.
 Confuso en estas tristes reflexiones

Se me pasan las horas sin sentir las,
 y á mas andar la noche va viniendo.
 El sol alumbrá à los opuestos climas,
 los astros que iluminan en su ausencia,
 con magestad parece que caminan,
 y no abandonan su inmutable asiento;
 la luna, á nuestro globo mas vecina
 del sol que la ilumina frente á frente
 su luz reflexa y triste nos envía.
 Entonces sí que en un corazón debil
 exerce la imperiosa tiranía
 el duro amor de su orgulloso mando,
 y al mas ligero impulso conmovida
 con el quieto silencio de la noche,
 cede la relaxada y debil fibra.
 Entonces á su mal toda entregada
 la imaginación triste y afligida,
 separada del resto de los seres,
 solo ve los objetos en sí misma.
 Por la noche suspira el triste amante,
 á quien la cama blanda y bien mullida,
 no basta á conciliar el dulce sueño
 que de sus ojos huye y se retira.
 Los importunos zelos le rodean:
 de su fineza mal correspondida
 la triste imagen sin cesar le inquieta,
 y entre el dolor y el llanto repartida
 mil años, y aun mil siglos le parecen,
 las horas perezosas y tardías.
 Otro amante feliz al mismo tiempo
 maldice de la aurora la venida,
 porque á su amor contento y satisfecho
 la noche con su sombra patrocina.
 Yo tambien por la noche doy la rienda

à mi imaginacion enardecida,
 y busco mil exemplos que acumulo
 disculpa á la passion que me domina.
 Todos los hombres aman: el salvaje
 que vive sin cultura y policia,
 ama á su dulce y cara compañera.
 El tostado Africano, el fiero Scita,
 y aun los irracionales tambien aman.
 Ama el pez en su estancia humeda y fria;
 y por el ayre en acordados trinos
 cantan su amor las tiernas avecillas.
 Sigue el leon á la leona fiera;
 el ciervo à la ligera ciervatilla;
 detras de la becerra brama el toro;
 y en los espesos árboles metida
 lamenta y gime con suspiros tiernos
 su triste amor la viuda tortolilla.
 Así, quando percibe desde lejos
 el olor de la yegua apetecida
 desbecado el caballo generoso,
 con inquieto furor brama y relincha,
 y no hay freno que baste à sujetarlo.
 El elefante y la pequena hormiga,
 el sencillo cordero, el lobo ambriente,
 el sapo tardo, y la ligera ardilla,
 el insecto á la vista imperceptible,
 y la ballena enorme que domina
 con su extension los dilatados mares,
 todos sienten del amor la llama activa.
 Amor de la sagaz naturaleza
 las varias producciones vivifica:
 él reproduce en los amenos prados
 las flores apagadas y marchitas,
 y de las plantas útiles al hombre

los dulces frutos sazonados cria.
 El estiende á los seres mas remotos
 su dilatada y vasta monarquía:
 por él baxa la piedra ácia su centro,
 por él las aguas ácia al mar caminan:
 El hace generoso al avariento,
 y al mas cobarde influye valentía,
 que en busca del objeto que le arrastra
 al peligro mayor se determina.
 Por él, el atrevido y ciego amante
 sin respetar del ronco mar las iras,
 á nado lo atraviesa por la noche
 sin temor ni respeto que lo impida.
 Quantos mas riesgos é inconvenientes,
 mas el amor lo allana y facilita.
 Amor ablanda al corazon mas duro,
 y al hombre mas feroz rinde y mitiga.
 Por amor llora el héroe mas valiente,
 por él la madre tierna y compasiva
 estrecha en su regazo el fruto adulto
 de sus pasados gustos y alegrías.
 Por él, el viejo consumido y cano,
 que vecino al sepulcro ya se mira,
 vé en sus robustos hijos el apoyo
 de los cansados años de su vida.
 De amor es quanto vive, quanto siente
 por la virtud de amor siente y respira.
 Amor es todo, sin amor no hay nada,
 todo al imperio del amor se humilla.
 Si amor es pues tan fuerte; si en el mundo
 de su activo poder nadie se libra,
 si todo se le humilla y se le rinde,
 ¿seré el único yo que le resista?
 Tales son mis continuos pensamientos,

estas son las ideas que me agitan,
 y esta furia, esta llama, esta locura,
 no hay esfuerzo que baste à reprimirla.
 Póngome en oracion y perturbado
 solo á *Heloïsa* mi pasion medita;
 recojo mi atencion á la lectura,
 y en cada pensamiento, en cada línea
 la historia de mi amor se me presenta,
 hasta que fatigada ya y rendida
 con la continua agitacion el alma,
 los párpados al sueño ya se inclinan.
 Tambien allí *Eloïsa* me persigue;
 mil imágenes tiernas y lascivas
 en que astuto el amor se me disfraza,
 vuelan en rededor de la tarima,
 donde descansa el fatigado cuerpo:
 y quando ya entre el sueño y la fatiga
 batallando, la maquina suspensa,
 ni bien despierta está, ni bien dormida,
 oigo el reloj.... las doce.... y à maytines
 trémula la campana nos avisa.
 Vístome, y voy al coro apresurado;
 la senda que á la Iglesia me encamina,
 pasa por el vecino cementerio,
 y la imaginacion despavorida
 con la terrible imagen de la muerte
 el turbado cabello se me eriza.
 Todo infunde un silencio pavoroso;
 las copas lentamente conmovidas
 de los cipreses fúnebres redoblan
 el funesto terror que me intimida.
 El importuno Carabo no cesa
 su lamentable y triste gritería:
 la rana en el arroyo cenagoso

redobla su querrela repetida,
 y desde lo mas alto de la torre,
 melancólico el buho ahulla y silva.
 De los tristes objetos que me cercan,
 el temor las imágenes duplica;
 la planta temerosa y vacilante
 pisa con miedo las cenizas frias
 de tantos compañeros que en el claustro
 unió un destino y una suerte misma.
 Allí descansa el virtuoso Erasto,
 su proceder, su fe sincera y viva,
 con el retiro austero y penitente,
 venció la llama del amor maligna,
 y en su serena y arrugada frente,
 calma y tranquilidad llevaba escrita.
 Aquellos son los huesos de Filandro,
 del tierno y fiel amigo á quien solia
 en otro tiempo el misero *Abelardo*
 comunicar sus bienes y sus dichas.
 ¡Quantas veces sus útiles consejos,
 quando un amor cruel me consumia,
 por un breve momento le atajaron!
 Una amistad sincera nos unia;
 ¡Ya murió!... ¡ya no existe! mi desgracia,
 hasta de este consuelo infiel me priva.
 Yo tambien moriré, tambien la muerte
 cortará el hilo à mis amargos dias,
 con tanta pena y lágrimas pasados.
 Quando una suerte adversa y enemiga,
 persigue al hombre desgraciado y triste,
 que solo aguarda penas y fatigas,
 la muerte es su recurso, en ella sola
 vé el término feliz de sus desdichas,
 mas, ¿donde voy arrebatado y cieo?

¿Podrá darte á entender la pena mia,
por mucho que se empeñe en explicarlo,
la serie de mis males infinita?

No, *Heloïsa*, no puede; Adios, bien mio:
Otras plumas mas tiernas y expresivas
pintarán los objetos de esta llama,
que no se acabarán aun con la vida.
Los venideros siglos mas remotos,
los pueblos mas distantes y provincias
conservarán de nuestro amor la historia
en mármoles y broncees esculpida:
Servirá de ejercicio á los ingenios:
Ninguna alma sensible al referirla
dexará de verter lágrimas tiernas.

Y en tanto que la dulce poesía
tenga lustre y honor, mientras se aprecie
la sensibilidad dulce y benigna;
y á la activa pasión que nos oprime
la especie humana [se sujete y rinda,
será eterno y durable entre los hombres
el amor de *Abelardo y Heloïsa*.

En el año, sabiendo Abelardo que Ful-
via estaba enferma, se fue á visitarla en su
casa, y permaneció allí hasta que se
recobró, y después de esto se fue á
París á estudiar teología y filosofía, en su
universidad; pero Fulvia, su esposa, en
ese tiempo se enfermó de nuevo, y murió
en el mes de mayo de 1137, á los
veinte y tres años de su edad, dejando
á Abelardo un hijo, llamado Esteban,
que murió también en la infancia.

A LA EPISTOLA

DE HELOÏSA

I.

Un rayo de divina gracia alumbraba à Heloïsa para guiarla por el camino de la paz; pero la pasion exáltada se la hace perder de vista, y se entrega y abandona á sus furores. Dios castiga, cristiano amigo, el menosprecio de este don sublime, que su misericordia nos concede siempre en los principios de nuestros extravíos, con una ceguedad que nos conduce al extremo del peligro y del pecado. Prosigue leyendo, y observa con reflexion los terribles efectos que esta primera falta produce en Heloïsa.

II.

En efecto, sabiendo *Abelardo* que *Fulbert* estaba furioso, por haberle robado á su querida sobrina, fué á visitarle de vuelta à Paris, y prometerle, para apaciguar su cólera, dar á Heloïsa la mano de esposo. *Fulbert* fingió contentarse y consintió en su matrimonio; pero Heloïsa, ya porque quisiese mejor ser la dama que la esposa de *Abelardo*, ó ya porque su penetracion previese las funestas consecuencias de un tal matrimonio

empleó toda su eloquencia en disuadir á su amante de aquel designio. Con todo, Abelardo cumplió su palabra, casándose con Heloïsa en secreto; mas he aquí lo que el mismo Abelardo dice de su union, contestando al delirio de Heloïsa. „Es verdad que mudando de estado, he perdido la mitad de mi mismo, una esposa querida tiernamente, y aun adorada; pero quando considero que tus encantos se marchitarán con el tiempo, y que ese cuerpo que parece formado por las gracias, se convertirá en polvo vil, me digo à mi propio ! *Abelardo!* ; *Abelardo!* nada hay estable en este mundo: los placeres tan apetecidos pronto ó tarde pierden al hombre que á ellos se abandona, y en vez de hacerle feliz, causan su desventura eterna. El amor que debemos à Dios, debe sobrepujar y vencer al que tenemos á la criatura: amando á Dios y sacrificandonos por él, nos espera una eterna felicidad; ¿ qual es la que una muger procura? La felicidad de un instante, acompañada casi siempre de remordimientos. Estas reflexiones, ó por mejor decir, estas verdades son, Heloïsa las que me consue- lan: con ellas estuve al pie de los altares á prometer á Dios una perfecta observancia de sus leyes. Así que esta union del hombre y de la muger, tan bella en la apariencia, no es ya á mis ojos mas que un camino ácia la corrupcion, quando el placer de los sentidos la forma solamente.

„¿ Y deberé yo decirte que solo el deseo de

„satisfacer mi pasión fué el que me hizo ca-
 „sar contigo? Tal vez habrá permitido Dios
 „que yo sufriese por mi impureza el hor-
 „rible castigo que padecí, y cuya vergüen-
 „za llevaré hasta el sepulcro.“ *De su carta original latina.*

III.

La misma Heloïsa confiesa que estaba ya
*Sin tener de su Dios en aquel tiempo
 Sino la sombra de un recuerdo frío.*

El language que empleó entonces para di-
 suadir á su amante del matrimonio, es pues
 el de una persona olvidada de su Dios, y que
 solo escuchaba sus temores y sus deseos; es
 el language de una pasión que delira, em-
 pero muy ageno de razon, y perjudicial en
 extremo al estado y á la humanidad.

IV.

La gracia de Cristo no la desampara ja-
 mas, aun en medio de las ilusiones mas fu-
 riosas de la pasión que no oye sus voces, y
 quiere quedar satisfecha baxo el velo apa-
 rente de la direccion espiritual; Abelardo lo
 conoce todo, y la responde advirtiendola del
 peligro: „Tu, la dice, me convidas á pa-
 „sar algun tiempo contigo, con el pretexto
 „de arreglar y dirigir tu conciencia, para
 „que enjague tus ojos, y te pinte todo el
 „resplandor de la gloria celestial, de modo
 „que tu alma me abandone por su Dios;

„ ¿pero sabes, querida Heloïsa, lo que me
 „ pides y lo que deseas? ¿Qué me acerque
 „ à tí en el estado en que me hallo?...
 „ ¡Gran Dios! Indeciso, vacilante, lleno de
 „ tu imagen, y fuera de mi mismo, ¿no se-
 „ ría exponerme á uno de los mayores pe-
 „ ligros, y querer perder premeditadamente
 „ el poco fruto que he recogido de mis pe-
 „ nas y trabajos? Si, sería avivar una lla-
 „ ma que es de nuestro comun interes apa-
 „ gar enteramente. ¿Y cómo podría yo di-
 „ rigir tu conciencia, quando apenas puedo
 „ arreglar la mia? ¡Qué un ciego guie à otro
 „ menos ciego acaso que él mismo! En quan-
 „ to á pintarte todo el brillo de la gloria
 „ celestial, tienes de ella una idea tan cla-
 „ ra por lo menos como yo, y mis leccio-
 „ nes no serían mas que un medio de encen-
 „ der nuestro antiguo fuego acercándonos el
 „ uno al otro; y por lo que es abandonarme
 „ por Dios, esta es obra suya, él solo pue-
 „ de hacerla, porque él solo puede conver-
 „ tir nuestros corazones: ¡Heloïsa! ¡Heloïsa!
 „ mira á que horrible precipicio nos condu-
 „ cia tu súplica, si yo tuviera la desgracia
 „ de condescender contigo. ¡Ah! Huyamos,
 „ pues como dice el Apostol, este es el úni-
 „ co remedio de evitar cada uno á su co-
 „ mun enemigo. El pensamiento solo de una
 „ union semejante enciende en mi corazon la
 „ llama criminal que un tiempo ardía. Si la
 „ ausencia es el único remedio de los tormen-
 „ tos del amor, á mi me toca huir de tí pa-
 „ ra siempre, y distraerme de los voluptuo-

„ sos pensamientos que tu hechicera imagen
 „ ofrece incesantemente à mi corazon llagado.
 „ En la oracion y meditacion quando no qui-
 „ siera pensar mas que en Dios, se pone en
 „ mis labios el nombre de Heloïsa, y aunque
 „ procuro olvidarte, la idea de los pasados
 „ placeres, que se presentan à mi imagina-
 „ cion ocupada con tus encantos, destruye en
 „ un momento todos los propósitos que acabo de
 „ hacer. Si en el templo rezo à la Virgen,
 „ cuyo auxilio imploro, contemplando en la
 „ madre de mi Dios, en sus divinas facciones
 „ creo ver las de mi querida Heloïsa. . . ¡ Qué!
 „ ¿ no gozaré yo nunca de la tranquilidad que
 „ gusta el alma pura? Por esta confesion que
 „ te hago de la turbacion en que me abisma
 „ la memoria sola de tus gracias, puedes juz-
 „ gar de los efectos que produciria tu presen-
 „ cia. Luego es prudencia y no aborrecimien-
 „ to ni indiferencia, el no volverte à ver
 „ nunca, y en esto debo darte yo exemplo...
 „ Adios... porque es ofender al Criador, pen-
 „ sar mas tiempo en la criatura.“ ¡ Qué exem-
 „ plo, que precepto tan edificante!

V.

Abelardo la anima en este pasage y la di-
 „ ce: „ Heloïsa, de lo mas profundo de mi co-
 „ razon te exhorto à que esperes con pacien-
 „ cia y resignacion el remedio que el Señor
 „ parece habernos prometido, si hemos de juz-
 „ gar por lo que ha hecho ya por tí: El te
 „ ha conducido à un convento; te ha castiga-

do por la parte mas sensible, qual es la perdida de un amante; te da todavia una passion que combatir, y estas son las armas que pone en las manos de sus elegidos, para ayudarles á conseguir una completa victoria. Suframos por Jesucristo, pues que él ha sufrido por nosotros; ofrece tus penas y combates á este divino Salvador. « Los efectos de su misericordia son algunas veces muy tardios, pero no por eso dexan de ser menos seguros y ciertos.

VI.

¡ Oh! cómo encanta ver envidiar á un corazon, impuro todavia, la felicidad que gozan las almas puras! Tan cierto es, que la virtud y la obediencia á la voluntad y ley de Dios hace nuestra felicidad en este mundo y para siempre. Las santas Monjas que la siguen, la gozan. Heloïsa lo ve y exclama:

*¡ O sosegada y apacible vida,
Con quantas veras y dolor te envidio?*

VII.

La gracia de Cristo nos hace mirar á Dios, no ya como juez airado, sino como á padre amoroso, y concebirle como à amigo dulce y blando; y no como á enemigo nuestro, poderoso y sangriento. *Fr. Luis de Leon.*

Heloïsa conoce ser estos los efectos de la gracia; pero su passion se opone á que se aproveche de este conocimiento.

